

CAPÍTULO XXXVI

Primeras impresiones en el Perú. — Numerosos vestigios de la grandeza de los Incas. — Palacios de Titicaca. — Riqueza asombrosa. — Pachacámac. — El templo del Sol en el Cuzco. — Las vestales y sus monasterios. — Verdad que no se ocultó á los Bárbaros. — Otra clase de vestales elogiadas en nuestro siglo. — Verdaderos enemigos de lo grande y de lo sublime.

Dos grandes naciones ofrecieron á los conquistadores del Nuevo Mundo cierta especie de cultura que las acercaba á la civilizaci6n. Méjico y el Perú, en medio de las numerosas tribus que poblaban el continente americano, sobresalian por la regularidad de sus leyes, por el 6rden de sus instituciones y por la marcha uniforme de sus soberanos en una larga serie de años. Las investigaciones que la historia y los esfuerzos que los anticuarios hicieron para descubrir las diferentes transiciones por que pasaron aquellos pueblos para salir de la barbarie, nada han conseguido todavía. Entre nosotros y el nacimiento de aquellos se extiende un espacio vastísimo, y este está cubierto de sombras al parecer impenetrables. Descendiendo de las cumbres del Tacora, tenia delante de mis

ojos una gran parte del territorio que dominaron los Incas y los cerros metálicos, los famosos Yungas, productores de los frutos mas preciosos y exquisitos, las llanuras y lomas pobladas de llamas, alpacas y vicuñas, me mostraban la riqueza de que disponian aquellos opulentos soberanos. ¡Cuántas sensaciones experimenta el alma evocando el pasado de estos pueblos, sus empresas y su fortuna, sus contratiempos y su decadencia, sus desgracias y su ruina! No somos del número de aquellos á quienes entusiasma todo cuanto nació entre las tinieblas de un perfecto oscurantismo; al contrario, en los vanos esfuerzos que hicieron los pueblos que no pertenecian á la sociedad cristiana para salir de la barbarie, encontramos un argumento mas de la ineficacia del paganismo para llenar las exigencias sociales. Méjico y el Perú, dominados por la influencia de un culto que no arranca al hombre de sí mismo, ni puede elevarle sobre las preocupaciones bajas y las pasiones miserables de la naturaleza humana, recorrieron con mayores ó menores ventajas el mismo camino que anduvieron los pueblos bárbaros del viejo continente, y habrian llegado tambien indudablemente al mismo grado de cultura, si hubiesen tenido á su disposici6n los auxilios que tuvieron aquellos. Observando atentamente los rastros que aun restan de la civilizaci6n del imperio de los Incas, viendo las ciudades y las fortalezas, los palacios y los templos que construyeron, los caminos que abrieron desde un extremo hasta el otro del Estado, atravesando las cumbres elevadas de los Andes y salvando las profundas simas que forman las juntas de los cerros; los huertos y jardines que hicieron

nacer en las colinas elevadas de las majestuosas cordilleras y regaban por medio de conductos, puentes y calzadas que suponen grande ingenio y conocimientos aventajados, entónces aparece lo que el hombre puede discurrir y ejecutar abandonado á su propia industria. Mas al lado de tantas bellas obras se ven otras informes unas, monstruosas las mas, y que manifiestan todas el duro combate que tenia lugar entre la inteligencia que en momentos de inspiracion hacia vanos esfuerzos para emanciparse de la dura esclavitud, y la materia que la oprimia del modo mas tiránico y vergonzoso. Tales son los templos y los sacrificios, las vestales y los ídolos, la supersticion y las leyes, y todo el conjunto en fin que forma el sistema religioso y político del grande imperio de Manco Capac y Mama Oello.

El Cuzco y las islas del famoso Titicaca, Huanuco y Párananca con otros muchos lugares del Perú, presentan grandes ruinas, últimos vestigios de la opulencia, del poder y de la cultura de la nacion peruana. Verdad es que en estos monumentos no se encuentra ni la arquitectura, ni el primor, ni la suntuosidad imponente de las obras de los egipcios, griegos y romanos; pero las ruinas que describen la marcha de una nacion que ocupó en el Nuevo Mundo uno de los lugares mas distinguidos, las ruinas, repetimos, que revelan la historia de un pueblo que atravesó mas de cuatrocientos años conservando sus tradiciones y sus leyes, tienen en todo el mundo la misma solemnidad imponente. Evocando recuerdos de generaciones que pasaron y de hombres y costumbres que no existen, esos derribados monumentos refieren

á nuestra alma con lenguaje tremendo la historia de la monarquia del Perú, asi como aquellas representan la de otros pueblos del antiguo mundo. Entre todos estos grandiosos monumentos, hay algunos que merecen las detenidas observaciones del viajero, porque no son vestigios simplemente de la grandeza de los soberanos, ni muestran tan solo cierto género de conocimiento artístico en los que presidieron á su fábrica, sino costumbres y creencias religiosas en armonía con las que nosotros profesamos.

El templo de Titicaca, donde suponen algunos haber nacido el imperio de los Incas, en sus vastas proporciones manifiesta el gran concurso de adoradores del Sol que allí se reunia para ofrecerle sacrificios y suplicarle sus favores. Sagrado segun la creencia de los peruanos, todo cuanto le pertenecia ó se encontraba en contacto con sus muros, era para ellos objeto de particular veneracion. Los sembrados de maiz que cultivaban en su rededor y formaban parte de su propiedad participaban de su virtud y embebían algo de su santidad. ¡Feliz se reputaba el que podia recibir una mazorca de aquel maiz sagrado, llevarla á su granero y ponerla en contacto con su cosecha! La veneracion de estos hombres hácia el Sol se explicaba en los magníficos presentes de oro, plata y otros objetos preciosos que ofrecían en sus templos y eran destinados ordinariamente para decorar sus altares. Increíble parece la cantidad de oro que habia llegado á reunirse en el templo de Titicaca en la época de la conquista. Cuando en virtud de una orden del desgraciado Atahualpa, todo ese metal precioso

se reunia para darlo á los conquistadores en rescate de un descendiente del Sol, los templos fueron despojados, los altares perdieron su esplendor, y los pueblos vieron en esta profanacion inaudita el principio de las calamidades de la patria. Sin embargo, porque la patria reclamaba en aquella época heróicos sacrificios; porque la persona sagrada del Inca corria peligros inminentes, y porque el mismo Sol estaba representado en la persona de aquel que suponian ser su descendiente, el oro de los santuarios fué amontonado en Cajamalca en cantidad tan grande que pudo saciar por entónces la ardiente avaricia del conquistador.

Ni era ménos famoso Pachacámac que Títicaca por el templo erigido al Dios creador del universo, en época anterior á la fundacion del imperio Inca. Los oráculos salidos de un ídolo oscuro y misterioso eran repetidos por numerosos sirvientes, pretendidos ministros de la divinidad, y propagados por todas aquellas regiones con religiosa veneracion, hacian tan famoso en el Perú al dios Pachacámac como lo fué Isis en Italia y Delfos en la Grecia. La ciudad en cuyo recinto se elevaba el templo á manera de fortaleza, era por eso tan sagrada como lo son Meca y Medina entre los mulsumanes y como lo fué Cholula entre los hijos de Anahuac. Fernando Pizarro, removiendo con su espada cuantos estorbos procuraban impedir su ingreso en aquel lugar misterioso, arrancó del rincon de un subterráneo el repugnante simulacro que la supersticion adoraba como autor del universo y lo redujo á cenizas en una de las plazas de la ciudad. Cesaron entónces los oráculos, porque no hubo tinieblas que encubrieran

el engaño, y sobre los caidos muros del templo de Pachacámac fué elevado el símbolo de la redencion humana. Y cuando de los muros cubiertos de ricos presentes no quedaban sino algunas piedras amontonadas, ni del pavimento embaldosado con planchas de metales preciosos se percibia nada mas que la tierra desnuda sobre que descansaron aquellas, esa cruz triunfaba allí y anunciaba á los peruanos otra fe que tambien vivirá perpetuamente.

El Cuzco, la gran capital del imperio de los Incas, tan célebre por su remota antigüedad como por sus innumerables riquezas; la noble residencia habitual del soberano y de su corte, me recordaba otros famosos monumentos de los cuales existe apenas algun vestigio ligero, ó la memoria del lugar donde los contemplaron los que vivieron en aquella ciudad tres siglos ántes que nosotros. El templo famoso del Sol debido á la munificencia de los Incas, y cuya riqueza realiza los fantásticos sueños del Dorado, los célebres monasterios de las hijas del Sol de los cuales tanto en el Cuzco como en sus inmediaciones llegaron á contarse hasta veintiuno, y los suntuosos oratorios fabricados en los palacios del monarca en cuyo recinto brillaban los metales y las piedras preciosas, han sido considerados como los mas ricos del Nuevo Mundo. El templo dedicado al Sol « tenia una puerta grande en la pared del este. Cubrian su techo lienzos de algodón primorosamente tejidos, con bordados de diversos colores que tapaban muy vistosamente el aspecto interior del techado de paja. Una cenefa de oro, como la del lado exterior, bordaba la juntura del techado

con los muros. Todas las paredes estaban tapizadas de planchas de oro y tablones del mismo metal que servían de puertas. En la pared del poniente, enfrente de la portada, veíase colocada la imágen del Sol, hecha de una plancha gruesa de oro, con rostro humano y muchísimos rayos, ricamente engastados con esmeraldas, y otras piedras preciosas (1). » Mas no es toda esa riqueza sorprendente y de la que hoy no queda sino el nombre guardado por la historia, lo que á nosotros nos llama la atención, sino algunos de los establecimientos religiosos que acabamos de nombrar y en los que ciertos escritores han creído encontrar semejanza con otros que existen en el seno del catolicismo.

Tales son los monasterios de las « hijas del Sol, » semejantes á las « vestales romanas » y cuyo ministerio era como el de estas conservar sin mengua en el templo el fuego sagrado que ardía incesantemente delante del simulacro del Sol. Obligadas estas vírgenes á guardar perpetua continencia, vivían dentro de su monasterio y sin comunicacion de alguna especie con la gente del siglo. Solo al Inca estaba permitido interrumpir alguna vez el silencio de aquellos claustros y hablar familiarmente con las hijas del « gran lumínar. » La ocupacion de estas, además de las ordinarias del templo, era tejer y bordar sus ornamentos y decoraciones, así como los vestidos del Inca y de su real familia. Las « hijas del Sol » que habitaban en el gran monasterio eran todas miembros de la familia real, así como nobles ó

(1) *Antigüedades peruanas*, Rivero é Ischudi, cap. x.

hijas de Curacas las de los conventos de las provincias. El castigo mas severo que la justicia humana conoce, la pena de muerte, pero aplicada con circunstancias que la hacen todavía mas dolorosa y cruel, se imponía á la infeliz reclusa convencida de haber faltado alguna vez á los deberes de su estado. Ignominiosamente vestida, con su rostro descubierto para mayor vergüenza, era sepultada viva en una profunda fosa. Su amante era ahorcado, su pueblo destruido y sembrado de piedras para borrar hasta la memoria de su existencia (1).

Los que creen encontrar analogía entre estos institutos y los que el catolicismo fomenta en su seno, han olvidado la diferencia del espíritu que anima á los individuos que intervienen en uno y otro caso. Las desgraciadas « hijas del Sol » sin mas conocimiento del valor de su sacrificio que el que les inspirasen los principios de una religion material y las preocupaciones de sus conciudadanos, no podían tener simpatías por él : elegidas ordinariamente por el capricho de los agentes de la corona, eran llevadas al claustro contra su voluntad y conservadas allí mas por necesidad de conformarse con la voluntad de quien las escogió que por algun deber que les impusiese su conciencia ó su convencimiento. La estrechez con que eran guardadas en su monasterio, el temor que les inspiraba la severidad de las leyes con que eran castigadas las que rehusaban el honor de ser inscritas entre las hijas del Sol, y la certidumbre de la vergüenza é ignominia de por vida que les

(1) William H. Prescott, *History of the conquest of Peru*.

aguardaba si alguna vez hubiesen procurado retirarse de la clausura, eran las cadenas que sujetaban en su prision á aquellas pobres mujeres. El que ha estudiado á fondo los principios del catolicismo conoce tambien los motivos que pueden mover á sus fieles á cortar sus relaciones con la tierra para abrazar la vida monástica. El convencimiento de venir del cielo la inspiracion que le aconseja acto tan heróico, la doctrina de su religion que le enseña no ser vanos los sacrificios que el hombre realiza por hacerse perfecto en las virtudes cristianas, y la fe viva y radiante que le muestra expedito el camino del cielo siguiendo vida de voluntaria abnegacion aquí en la tierra, le hacen dulces las amargas y de fácil ejecucion lo que pareciera á otro mas penoso. Esa voluntad que se adhiere mas y mas firmemente á Cristo, á quien llama esposo, hermano y padre, recibe del mismo Cristo consuelos y fortaleza sin medida en recompensa de su sacrificio y de su amor. Para el hombre sin fe, estas son ilusiones; mas el cristiano fervoroso siente y palpa su realidad (1). ¿Pero cuál era el lisonjero porvenir que las desgraciadas vestales del Perú divisaban desde su reclusion solitaria? « La carrera de todos estos habitantes del claustro no terminaba dentro de sus muros. Aunque vírgenes del Sol, eran esposas del Inca, y cuando llegaban á la edad conveniente se escogian las mas hermosas y las llevaban á su serrallo... Cuando de aquí salian no era para volver á su antiguo encierro monástico, sino para vivir en su propia casa (2).

(1) *Consolationes tuæ lætificaverunt animam meam. Salm. xciii.*

(2) Prescott, *History of the conquest of Peru.*

El hombre espiritual y el hombre animal están representados en estas dos clases de personas que dos religiones diferentes ofrecen á nuestra consideracion. Aquel busca los bienes inefables de un mundo espiritual y, destinado á vivir eternamente, considera la vida presente como medio de ser feliz en la futura. El hombre animal nada ve fuera del circulo presente, ni nada le lisonjea como no sean los atractivos de sus sentidos. El uno encuentra encantos y dulzuras en su inteligencia y en su corazon, mientras que el otro solo ve en sus creencias tinieblas que le molestan. Júzguese pues qué analogía puede haber entre dos instituciones de principios tan esencialmente diversos. Una verdad encontramos no obstante patente en medio de tantas tinieblas como oscurecian el espíritu humano cuando inspiraba y realizaba obras como aquellas, á saber: la profunda veneracion que la castidad y la pureza inspiraron á los hombres en todas las edades y en todos los paises de la tierra.

Nuestro siglo, separándose de las huellas que trazaron sus antecesores, ha levantado su voz contra los que abrazan vida de reclusion voluntaria y profesan castidad perpetua. En momentos de exaltacion y vértigo persiguió de muerte á los monjes y á las austeras religiosas, calumnió su santa vida y procuró con increíble fanatismo hacerlos odiosos á un mundo por quien ellos oraban fervorosamente. Cuando esto han hecho los que aspiran al renombre de filósofos y reformadores de la sociedad, no puede juzgarse que obraban animados de algun noble deseo, porque á la vez que arrancaban de sus asilos á las vírgenes inocentes, á la vez que las privaban del pan

que les dieron sus generosos bienhechores y á la vez que las exponian á ser víctimas de la miseria y de la horfandad, extendian su mano para proteger el vicio y colmaban de elogios y de honores á personas que el pudor y la vergüenza se ruborizarian de tratar alguna vez. A estas se dedicaban obras literarias; á los piés de estas se ponian ricos presentes, y á estas, para oprobio de la sociedad, los que se desdeñarian de descubrir su cabeza delante de Dios ó de su templo sirvieron para arrastrar su coche haciendo el oficio de los caballós. Parece que la Providencia se complacia humillando su orgullo de ese modo, porque jamas el hombre se muestra tan pequeño ni tan miserable como cuando se prosterna para ofrecer el tributo de su admiracion y de su elogio á personas manchadas con el tizne vergonzoso de los vicios. Tales son las vestales á quienes los que se dicen ilustrados concedieron el respeto que negaron á las religiosas. Cuando esto se observa cuidadosamente, el hombre reflexivo no puede ménos de conocer cuánto ofende al vicioso la inocencia del justo. La noble abnegacion y precaucion suma con que este pisa la tierra y se sustrae de la influencia de un mundo cuyas asechanzas tanto teme, parecen á sus adversarios accesos de enajenamiento pasajero ó efectos de exaltacion producida por un fervor delirante. Estos hombres juzgan de lo que no conocen y miden el espíritu y el corazon de los demas por lo que experimentan en sí mismos. ¿Qué seria del mundo y qué de la sociedad si lo mas grande y lo mas noble que puede practicar el hombre, cual es la abnegacion de sí mismo, fuese condenado como locura, ó pu-

diese llamarse con justicia perturbacion de la mente la resolucion heróica de sacrificarse uno mismo por ser útil al género humano en un estado que ningun atractivo tiene para los sentidos ni para las inclinaciones del hombre? Entónces, lo mas bello que puede contemplar nuestro espíritu perderia sus encantos, la virtud no se presentaria sino como avergonzada y para sufrir ó el desprecio ó la compasion que merece la demencia, y los individuos á quienes la religion llama héroes, confundidos con la turba de insensatos y de imbéciles, incurririan en un reproche universal. Mas quien esto crea posible se equivoca; á pesar de la influencia de los malos, empeñada en perseguir la libertad que tiene el hombre para consagrarse á Dios, la fe, la religion, la nobleza misma de nuestro espíritu nos mostrarán siempre en la abnegacion de los claustrales uno de los mas bellos rasgos que describen la grandeza sublime que inspira el cristianismo. Los enemigos de un estado semejante son á la vez enemigos de lo grande y lo sublime.

